

Acto de conmemoración del Bicentenario de la Industria Azucarera

13 Octubre 2021

Palabras del Dr. Ing. L. Daniel Ploper, Director Técnico EEAOC

Sr Intendente de la Ciudad Histórica de San Miguel de Tucumán, Dn Germán Alfaro, autoridades provinciales y municipales, miembros del Poder Legislativo y Judicial, invitados especiales, representantes de las fuerzas vivas, damas y caballeros,

Hoy estamos reunidos en este solar histórico para conmemorar el Bicentenario de la Industria Azucarera. Una industria alrededor de la cual creció y se desarrolló nuestra provincia y en menor medida otras de la región del noroeste argentino.

Esta industria –la cual es considerada la primera industria pesada del país- tuvo y tiene como protagonista principal al cultivo de la caña de azúcar.

Si bien Cristóbal Colón trajo estacas de caña en su segundo viaje, hay evidencias de que existían plantaciones de caña de azúcar en el continente previo a su descubrimiento. En Tucumán, los primeros registros de caña son del siglo XVII, aunque se menciona que ya se conocía su cultivo en 1574.

También existen registros de cañaverales en la estancia de los jesuitas en Lules cuando fueron expulsados en 1767.

Pero después se pierden las referencias hasta que el sacerdote José Eusebio Colombres, quien había sido representante por Catamarca en el Congreso de 1816, planta caña en 1821 en su finca de “El Bajo”, y habilita un trapiche de madera movido por bueyes con el que muele la caña y prepara azúcar a partir de sus jugos. Sin saberlo, este sacerdote –luego proclamado Obispo- estaba dando nacimiento a esta pujante industria que hoy conmemora sus 200 años.

A partir de la década de 1830 se instalan los primeros ingenios en Tucumán, los cuales fueron incorporando mejoras como el reemplazo de la madera de los trapiches por hierro.

Pero la gran transformación ocurriría con la llegada del ferrocarril a Tucumán en 1876, lo que posibilitó el traslado desde el puerto de la pesada maquinaria importada desde Europa. Esto derivó en que aquellas fábricas que no tenían capital para introducir las innovaciones fueran cerrando –de los 82 que funcionaban en 1877 quedaron 34 en 1881- y aquellos pequeños industriales que tenían tierra permanecieron solamente como cañeros. Hacia finales del siglo XIX había más de 2.600 cañeros que 50 años después llegarían a 18.000. La producción de azúcar pasó de 9.000 toneladas en 1881 a cerca de 146.000 toneladas en 1910 y a 274.500 en 1914. El azúcar pasó a ser el principal producto exportado por esta provincia.

En aquellos años se fue delineando la historia y la geografía tucumana. Pueblos enteros surgían alrededor de los ingenios y la actividad agroindustrial azucarera generaba trabajo no solo en Tucumán sino también en provincias vecinas. El comercio evolucionaba por la extraordinaria demanda que generaba una población económicamente activa. Tucumán latía al ritmo de la producción de azúcar.

Pero la actividad azucarera comenzó a tener una serie de problemas a partir de 1896, entre los que se puede mencionar períodos con sobreproducción de azúcar y políticas nacionales que privilegiaron otros intereses.

Es historia más reciente la triste noche que se abatió sobre Tucumán con el intempestivo cierre de ingenios azucareros a partir de 1966 y las consecuencias que esto provocó en la sociedad, que tuvo que ver la partida de muchos comprovincianos hacia otros destinos y el consecuente desmembramiento de las familias.

A pesar de todos los contratiempos, Tucumán siguió adelante con su principal agroindustria, generando riqueza y fuentes de trabajo para una zona del país alejada del puerto y de las atenciones de los gobiernos centrales. En la actualidad se cultivan 276.000 hectáreas y se produce alrededor de 1,3 millones de t de azúcar.

Y permítaseme –en este breve relato histórico- retornar a fines del siglo XIX y principios del XX donde empiezan a actuar en Tucumán los hombres que luego fueron conocidos como los de “la Generación del Centenario”, los cuales con su visión y laboriosidad pudieron sentar las bases del Tucumán moderno. Son aquellos que crearon instituciones y realizaron obras de indudable trascendencia. Basta con mencionar la Estación Experimental Agrícola, el Consejo General de Educación, la Universidad de Tucumán, el Parque Centenario 9 de Julio, la Casa de Gobierno, el Casino, el Hotel Savoy, entre otras. Entre esas personalidades se destacaban Miguel Lillo, Juan B. Terán, Alfredo Guzmán, Alberto y Marcos Rougés, Ernesto Padilla, Julio López Mañán, José Sorthaix, José Ignacio Aráoz y Juan Heller, entre otros. Tuvieron una clara visión de la provincia que querían construir y pensaron en un modelo estratégico a largo plazo. Estos visionarios consideraban que Tucumán era una provincia adelantada, porque mientras el centro del país producía solamente materias primas, la industria del azúcar era la primera que aportaba valor agregado.

Por razones de tiempo quiero focalizarme en uno de ellos por el profundo impacto que tuvo en la industria azucarera y por haber promovido directa o indirectamente el nacimiento de muchas otras agroindustrias en Tucumán y resto del noroeste argentino.

Me refiero a Don Alfredo Guzmán, un prohombre tucumano al cual le provincia le debe estar profundamente agradecida por sus aportes en los aspectos empresariales y sociales.

Estando desde 1887 al frente del ingenio Concepción, el principal en la provincia, Don Alfredo Guzmán se anticipó a alertar sobre la posibilidad de un fracaso de la industria debido a la degeneración del cañaveral por las plagas que lo afectaban. Además, lo develaba la necesidad de que la provincia diversificara los cultivos y no fuera tan dependiente de la caña de azúcar.

Ya como senador provincial, Don Alfredo Guzmán propuso una salida urgente y poco costosa para renovar las producciones y superar el deterioro de los cañaverales por la enfermedad del polvillo, que se expandía con fuerza y sin control. En 1906 presentó al Senado un proyecto que propendía a la formación de una estación experimental agrícola, como algunas pocas, muy eficientes, que ya funcionaban en otros países, proyecto que fue aprobado y promulgado por el gobernador Luis F. Nougués en enero de 1907.

No solamente la caña de azúcar era el objetivo de Don Alfredo Guzmán. En su presentación ante la Cámara de Senadores sostuvo que “fuera de la industria cañera pueden crearse muchas otras, convenientes y productivas”. El tiempo le daría la razón.

Luego, el 27 de julio de 1909 se aprobó otra ley –promulgada por el gobernador José Frías Silva- que creó, formalmente, la nueva oficina estatal que llevaba el nombre de “Estación Experimental Agrícola de Tucumán”, denominación que conservó durante 69 años.

En 1978 la denominación tradicional de la EEAT se transformó en Estación Experimental Agroindustrial Obispo Colombes, por un acuerdo entre el Gobierno provincial y el Directorio. La ley 5.020 fue publicada el día en que se cumplían 200 años del nacimiento del obispo José Eusebio Colombes, fundador de la industria azucarera argentina.

Pero no fue un simple cambio de denominación. Hubo avances profundos que ampliaron los objetivos y las funciones para inclinarlos, en un giro sustancial, hacia la investigación industrial de la caña de azúcar, sus subproductos y otros derivados de la producción primaria agropecuaria.

Si bien cambió de nombre, se mantuvo –y se mantiene hasta el presente- un modelo de gestión que constituye una de las claves más importantes de su éxito: una institución pública, pero sostenida económicamente por los sectores productivos agroindustriales y dirigida por representantes de dichos sectores.

Al respecto, resulta conveniente recordar lo que manifestó en 1936 quien fuera su célebre Director durante 30 años, el Dr. Willam Cross: “la Estación Experimental es todo un ensayo de organización y gobierno de reparticiones técnicas y científicas, ya que pretende anular causas de fracaso ocurridas en instituciones similares”. Luego agregaba que “es una institución pública no dirigida por el Poder Ejecutivo, sino por un directorio de productores, no influido por la política, dotada de personal dedicado todas las horas del día a la Estación”.

Estas fortalezas, absolutamente vigentes en la actualidad, unidas a un manejo prudente de los Directorios y Directores Técnicos, al apoyo de los sectores agroindustriales que reciben los resultados de sus trabajos y a un sistema de evaluación permanente de los cuadros técnicos y auxiliares, han permitido que la Estación se forme y evolucione en la medida en que las circunstancias lo han requerido.

Hoy es un moderno centro de investigación y transferencia agroindustrial reconocido no solo en la provincia y en la región, sino en numerosos rincones del mundo donde sus técnicos y publicaciones han llegado. Sus investigaciones, desarrollos tecnológicos y servicios satisfacen los requerimientos de los sectores productivos que la sostienen. Además, su modelo de organización es motivo de análisis por las más altas autoridades de Ciencia y Técnica de la Nación, en la búsqueda de paradigmas que hagan más eficiente el Sistema Nacional de Ciencia y Técnica.

La Estación Experimental Agroindustrial Obispo Colombres ha venido acompañando durante 112 años a estos 200 años de la industria azucarera. Merecen destacarse sus aportes a través de variedades mejoradas de caña de azúcar, estudios del manejo agronómico del cultivo, producción de semilla saneada, control de plagas, enfermedades y malezas, estudios sobre industrialización de la caña, producción integrada de azúcar y bioenergía (bioetanol y electricidad), etc.

Ya han pasado 200 años desde el nacimiento de la industria azucarera, la misma que, con la creación de la Estación Experimental, dio origen a otras importantes agroindustrias, como la citrícola, y posibilitó el arraigo de numerosos cultivos que hoy engalanan la variada geografía tucumana. La actividad agroindustrial en Tucumán ha demostrado poseer las condiciones para convertirse en el sector más dinámico de la economía provincial y sostenerse en el tiempo. Ello supone el concurso de voluntades, el trabajo y el conocimiento aplicado; comprende el desarrollo de procesos mensurables de conversión de recursos –financieros y naturales- y produce beneficios sociales que desbordan ampliamente los estrictos límites del sector.

Por eso pareciera haber una lógica en la continuidad entre el sueño del Obispo Colombres, al detectar el potencial que significaba extraer azúcar de los tallos de caña; la visión y el empuje de Alfredo Guzmán, al entender el valor del aporte científico y tecnológico en la materia, y de su integración efectiva en el engranaje de la producción; la comprensión y el apoyo de los gobiernos provinciales; y la fortaleza y perseverancia que hasta la fecha muestran los agricultores cañeros, los trabajadores del sector y los empresarios azucareros.

Que ese sueño del Obispo Colombres continúe por otros 200 años más.

Muchas gracias.